

### 173. La confianza en nosotros mismos

Cuántas y cuántas veces decimos que tenemos que tener confianza en Dios! Es cierto, la confianza en Dios no debe fallarnos jamás. Pero, ¿y la confianza en nosotros mismos? ¿Pensamos alguna vez que hemos de tener confianza, mucha confianza en nosotros, si es que queremos hacer algo en la vida?...

Los arrogantes, los soberbios, los pagados de sí mismos, no miran a Dios y confían todas sus empresas, su porvenir, su salud, sus estudios, todo, a la propia fuerza, al propio valer. Ese orgullo es la causa de su presunción, mientras se dicen: *Todo lo puedo yo; y eso de Dios, para las beatas tontas...*

Si esa disposición de ánimo es odiosa, no es tampoco acertada la de los miedosos, los pusilánimes, los apocados, que se dicen lastimeramente: *Yo no puedo más. Eso tan grande, para otros. Y, con un “¡Dios sea bendito!” muy cobarde y que no agrada para nada a Dios, se pueden pasar la vida sin hacer nada que valga la pena.*

La soberbia de unos, la cobardía de otros, no son dignas ni de Dios ni del hombre. El equilibrio perfecto está en el *¡Yo quiero, yo puedo, y confío en Dios! Dios y yo lo podemos todo...*

El Presidente quizá más querido de la historia de los Estados Unidos, Abraham Lincoln, nos dictó una fórmula y nos dejó un ejemplo dignos de especial mención. Nos dice:

*- Si procedemos con rectitud, Dios estará con nosotros, y si Dios está con nosotros no podemos fracasar.*

Ésta, la fórmula. ¿Y su ejemplo?... Es admirable. De fracaso en fracaso, de tropezón en tropezón, pero empeñado siempre en conseguir la meta de sus aspiraciones. Fracasa varias veces en los negocios. Fracasa como locutor. Fracasa en sus primeros amores. Fracasa como político: como elector dos veces; como candidato del Congreso, tres veces; como candidato del Senado, dos veces; como Vicepresidente, una vez. Hasta que en 1860 es elegido Presidente de los Estados Unidos, el héroe de los derechos de los esclavos, especialmente de los marginados y segregados por el color de su piel.

¿El secreto del éxito de Lincoln, elevado a la cumbre suprema de los Estados? Sencillamente, una gran confianza en sus cualidades, en las posibilidades que se le ofrecen, en la confianza en Dios con la que cuenta siempre...

¿Dónde radica la confianza que debemos tener en nosotros mismos? Radica en el mismo Dios, es decir, en las cualidades que Dios nos ha dado para cumplir la misión a que nos ha destinado en la vida.

Puede ser que un hombre no pase de sencillo campesino. Pero, explotando sus cualidades, es un agricultor de tal capacidad y categoría que merece un monumento en sus campos...

Esa mujer no tuvo más que estudios elementales, porque no tenía cómo pagar otros superiores. Pero se dio a la computación, y de tal modo entiende y maneja la máquina y es tan fiel, que se la disputan como secretaria las mejores oficinas.

Con la comparación de un famoso filósofo, podemos decir que no todos los hombres se sienten capaces de construir una torre de Babel que alcance las cumbres del cielo; pero sí que pueden construirse una modesta y confortable vivienda para sí y su familia.

Es decir, que no hay que soñar imposibles para decir que una persona tiene confianza en sí misma; basta con que tenga audacia, valentía, a la vez que sentido práctico, para arriesgarse en lo que le exige la vida, la profesión, la dignidad personal... El caso es aspirar a lo mejor, a lo que más ennoblece.

Esto tiene especial aplicación cuando se aspira a la perfección cristiana. Jesucristo puso el ideal muy alto, tan alto como lo es Dios, pues nos dijo con audacia: “*Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial*” (Mateo, 5,48)

La meta es muy alta, exige mucha renuncia, mucho sacrificio, mucha valentía. Pero el cristiano sabe tener ante los ojos la palabra valiente de Pablo: *¡A correr hasta conseguir la medalla del campeonato! Aunque para ello se haya de renunciar a todo, como los atletas en sus entrenamientos* (1Corintios 9,24-26). Y esto, ¿por qué? “*Porque todo lo puedo en aquel que me conforta*” (Filipenses 4,13)

A este propósito, en la Iglesia tenemos los ejemplos a montones. No hay Santo o Santa que no haya sido un héroe o una heroína de talla excepcional.

Una Teresa de Jesús, que pasa dieciocho años más o menos aplicada a su perfección. Hasta que un día se dice: *¡Basta de frivolidades y eso de medias tintas!* Se da de tal modo a la oración y al cumplimiento de sus deberes, se fija la meta de la reforma del Carmelo y trabaja con tal tesón en la empresa, que Teresa de Avila se convierte en la mujer quizá más admirada de la Historia de la Iglesia.

Vayan ustedes a Chile, y pregunten quién era “El Santo Padre Mariano”. Así se le llamaba en toda la República a aquel Misionero de talla excepcional.

Era un sacerdote joven, sano en sus costumbres, pero de pasiones violentas. Hasta que un día descubre su ideal: *¡Santo! ¡Quiero ser santo!*

Lo expresa ante sus compañeros, a los que pide: *Recen por mí, para que sea un hecho mi propósito: O santo o muerto.* Sueltan todos una carcajada cuando lo oyen: *¿Este, santo?...* Pero reflexionan, y comentan después: *De todo es capaz como se lo proponga.*

Se lo propuso, se empeñó, y hoy el Padre Mariano Avellana está a punto de subir a los altares...

La humildad, tanto humana como cristiana, no es pusilanimidad ni cobardía. Y la magnanimidad tampoco es orgullo o soberbia odiosa. Es confianza en sí mismo, una confianza que, si va unida a la confianza en Dios, nos da en la sociedad y en la Iglesia a los hombres y mujeres más grandes.